

Producción de conocimiento y activismo antigénero en América Latina

por **Manuel Alejandro Rodríguez-Rondón** | Pontificia Universidad Javeriana
rodriguez_manuel@javeriana.edu.co

y **Claudia Rivera-Amarillo** | Pontificia Universidad Javeriana | cpriveraa@unal.edu.co

En este texto hacemos referencia a una investigación en curso sobre producción de conocimiento en torno a la llamada “ideología de género” por parte de intelectuales antigénero. Nuestra indagación busca comprender las estrategias desplegadas por activismos conservadores, que cuestione, al mismo tiempo, toda premisa explicativa que parta de una teoría de la falsa conciencia para abordar este fenómeno. Las críticas a los análisis liberales de activismos conservadores aciertan al cuestionar la razón como elemento central de la política y llamar la atención sobre la importancia de las emociones. Con todo, consideramos que las explicaciones que representan a dichos sujetos como fanáticos motivados por ideales religiosos y políticos conservadores, carentes de racionalidad, no sólo resultan limitadas, sino que, además, reproducen peligrosamente la constitución de un otro feminizado (histórico) para descalificarlo.

Desde este punto de vista, la respuesta ante estos activismos puede subestimar la capacidad de convocatoria y de articulación de dichos movimientos, así como el desarrollo de formas de experticia en su interior. La propuesta en nuestra investigación es acercarse a sus estrategias desde los estudios sociales de ciencia, con el ánimo de señalar los ámbitos del mundo latinoamericano que se han visto permeados por la producción de conocimiento antigénero y de qué modos; explorando otras conexiones. Entre estos se encuentran grupos activistas conservadores, frecuentemente afiliados a creencias cristianas fundamentalistas, aunque hagan uso de un lenguaje secularizado en clave de derechos (ver Peñas, Morán y Vaggione 2018). Nos interesan los individuos y grupos de investigación en centros de

educación superior reconocidos que se alejan de las formas de incidencia más conectadas con la religión.

Al igual que las agrupaciones activistas, estos intelectuales son llamados antigénero debido a que se han hecho relativamente visibles en los países latinoamericanos en los últimos años a raíz de sus intervenciones reaccionarias contra los cambios legislativos y jurídicos en América Latina a favor de las mujeres y las personas reunidas bajo el acrónimo LGBTIQ+. Estos cambios estaban en mora de ser realizados, considerando que varias de las legislaciones regionales mantenían aún principios de los períodos dictatoriales que hacen parte de nuestras historias.

Grupos y activistas antigénero han confluído precisamente en las acciones colectivas en la calle en los momentos en que dichas reformas fueron conocidas por la opinión pública. De eso se ocupó el dossier *Hacer y deshacer la ideología de género* (2017), cuando el proceso de paz con las FARC en Colombia no fue refrendado por la población en las urnas: entonces se dijo que el enfoque de género en los acuerdos incluiría educación sexual para niños y niñas y el fantasma de la homosexualidad fue ampliamente invocado contra el proceso (Viveros 2017; Esguerra 2017; Serrano 2017). Situaciones similares se vivieron en otros países de América Latina. Fue el caso en 2016 de la acción Con Mis Hijos No Te Metas, que unió a las familias cristianas y a la Conferencia Episcopal Peruana contra el enfoque de género que sería implementado en los planes educativos en ese país (González et al. 2018). No sólo la ley les pareció molesta. En estos años, las reacciones contra investigadores e investigadoras de las ciencias

sociales se han endurecido, desembocando en el espacio público. Así se vio en los argumentos sobre la protección de la familia durante el juicio de destitución de Dilma Rousseff (Cunha 2016), durante la visita de Judith Butler, la reacción contra el Queer Museum en Brasil en 2017 (Chiaradia y Cassal 2019) la intensidad de los debates en Colombia a raíz de la reglamentación del aborto y la eutanasia en los últimos dos años y las marchas contra la Ley de Educación Sexual Integral en Argentina en 2017 y 2018, citando algunos casos.

Es de notar que, a pesar de sus profundas conexiones, el activismo callejero y la producción de artículos académicos presentan grandes diferencias. El primero muestra sin restricciones sus creencias cristianas dogmáticas y se asocia, en sus acciones públicas, con las iglesias que promueven y sostienen estas doctrinas, aunque no se limita a intervenciones religiosas. Entre sus filas, sólo por citar un ejemplo, se contaron líderes de izquierda, como lo señaló Viveros-Vigoya a propósito de las declaraciones del expresidente de Ecuador Rafael Correa (2017), quien acusó al feminismo de fundamentalista y al derecho de elegir libremente una pareja como “barbaridad”. Ecos de ello se escucharon en las elecciones a la alcaldía de la capital de Colombia en 2019 por parte de algunos personajes considerados de izquierda, que afirmaron que el feminismo era responsable de que su candidato hubiese perdido las elecciones, haciendo una distinción entre las que consideran feministas de verdad y feministas extremistas. El candidato mencionado tiene acusaciones de violencia contra su expareja, así como de acoso y violencia sexual a otra mujer, y afirmó que estas denuncias no eran feminismo sino “arribismo y oportunismo”, en tanto que una parte de sus seguidores en redes sociales consideran las denuncias como actos de manipulación por parte del partido de gobierno, empleando términos feminizantes para descalificarlas.

Resulta interesante ver en las aseveraciones de algunos integrantes de la oposición en la política colombiana, las convergencias ideológicas con los intelectuales antigénero a este respecto. En particular, porque estas coincidencias nos permiten hacer referencia a uno de los elementos centrales de la producción de conocimiento por

parte de estos intelectuales, y es que existe un feminismo aceptable, que es tal en la medida en que lucha por causas verdaderamente justas a sus ojos, como la brecha salarial y la reducción de algunas formas de violencia, pero sin cuestionar el lugar de los órdenes de género y de sexualidad que sostienen formas económicas y políticas de opresión (ver Rivera-Amarillo 2017; Rodríguez-Rondón 2017). La declaración por parte de los intelectuales antigénero de que existe un feminismo noble, benévolo, frente a otro extremista y globalizador, no es solamente una coincidencia entre el conservadurismo y algunos grupos que se consideran transformadores. Es también uno de los efectos de la producción intelectual de los grupos antigénero.

La genealogía es la principal táctica desplegada por los intelectuales antigénero para dar a esta separación entre feminismos buenos y malos una aparente estabilidad, una lógica y un sentido; es una indagación con espíritu genealógico. No nos detenemos en este escrito en las estrategias que emplean para ello, aunque son una parte central de nuestra investigación, pero nos gustaría mencionar algunas de las implicaciones que ha tenido para este conocimiento en específico el empleo de dicha práctica.

En primer lugar, la construcción de genealogías y el énfasis que este método hace en las relaciones entre conceptos, sujetos y contextos, esta construcción de relaciones históricas, les ha llevado a concentrarse en el surgimiento de la llamada por ellos ideología de género. Así, se genera un efecto de estar escribiendo la historia en los términos del feminismo, que tuvo entre sus tareas una necesaria revisión de las teorías sociales, sordas a la opresión de las mujeres como fundamental en la comprensión de las relaciones sociales, así como en la tarea crítica.

La revisión muestra que, para trazar la frontera entre feminismos buenos y malos, leen con niveles diversos de comprensión (bajo y relativamente alto) la producción de teoría que consideran feminista, si bien su selección es poco rigurosa. El problema no se reduce a que escojan textos que se acomoden mejor a su argumentación, sino que incluyen autores que en el feminismo

difícilmente serían considerados como tales, dentro de periodizaciones no lo suficientemente elaboradas o tomadas prestadas de algunos textos de divulgación de la historia del feminismo sin someterlas a una evaluación de si son fuentes adecuadas para cumplir con sus propósitos. No sobra decir que hay una apropiación muy dispar y sin duda pobre, por parte de estos intelectuales, de las técnicas propias del espíritu genealógico que pretenden invocar, así como de las teorías feministas, visible por ejemplo en el hecho de que no todas las que citan como tales lo son. Ello deja ver que aun en este nivel reducido, no se trata de un “movimiento intelectual” homogéneo en cuanto a posturas, ni estrategias ni saberes y, quizá como consecuencia inesperada para ellos de su lectura afanosa de feminismo, terminan produciéndose como una mimesis exigua de la teoría a la que pretenden criticar.

Una segunda implicación del uso de estos intelectuales de técnicas con espíritu genealógico es que la asociación entre creencias religiosas dogmáticas, más evidentes en el activismo callejero y en las acciones conectivas (es decir el activismo en internet por redes sociales, un elemento central en la reafirmación conservadora tanto como en los movimientos sociales en el presente) termina por desaparecer a dios de la argumentación. Con la excepción, obvia por demás, de los textos teológicos, que aquí descartamos precisamente por tener ese carácter, los razonamientos religiosos son suprimidos o transformados por dicho espíritu genealógico, en premisas que evocan, aún débilmente en muchos casos, a ejercicios filosóficos. Entre ellos, la búsqueda de lugares diferentes a la fe para producir explicaciones, como los planos de emergencia de los conceptos fundamentales del feminismo y la identificación de hitos. Esto no significa que algunos de los motivos más explotados por los activismos más cercanos a las religiones cristianas, como la familia nuclear, desaparezcan, sino que se ofrecen esta vez desligados de la fe.

El ejercicio genealógico llevado a cabo por estos intelectuales antigénero pone en relación ámbitos diferenciados e incluso dispares en su búsqueda por comprender la aparición de la “ideología de género”, y los conecta a partir de semejanzas

débiles en términos argumentativos, lógicos, metodológicos o políticos. No obstante, desde su perspectiva configurarían una unidad de propósito: poner en marcha una revolución antropológica que destruya o reemplace una ontología anclada en realidades estables y universales como la naturaleza, que responda a causalidades unilineales, que privilegia lo necesario sobre lo contingente y la sustancia sobre el accidente.

Para los propósitos de este artículo, hemos organizado en dos los ámbitos puestos en relación: filosofía y teorías críticas, por una parte, y política nacional e internacional, por la otra. Algunos de estos autores señalan que la “ideología de género” surge en una tradición de pensamiento más larga que el propio feminismo y que estaría conectada con doctrinas filosóficas que han sobrevalorado la autonomía humana y su capacidad para conseguir la salvación prescindiendo de la gracia divina. Aunque los autores y autoras señalados como arquitectos de la “ideología de género” no recurran a la salvación como propósito explícito, e incluso se consideren ateos, buscarían, al igual que dichas filosofías, una desujeción radical de los seres humanos de aquello que constituiría su condición de posibilidad: la naturaleza. Se cuentan allí teorías y autores críticos del humanismo gestados en el siglo XIX y los albores del XX, como el marxismo (en particular Friedrich Engels) y el psicoanálisis (Sigmund Freud); y filósofos “posmodernos” como Michel Foucault y Jacques Derrida, abiertamente críticos de la metafísica occidental. El cuadro lo completan pensadores y pensadoras poshumanistas y transhumanistas (términos usados como sinónimos), que abogarían por la trascendencia humana con ayuda de la ciencia, la tecnología y la ingeniería genética, además de enaltecer una naturaleza híbrida del ser humano, sintetizada en la figura del *cyborg*. Allí sitúan el trabajo de Donna Haraway.

En el ámbito de las teorías críticas los intelectuales antigénero destacan vertientes marxistas del siglo XX, como la Escuela de Frankfurt, pero, sobre todo, le dan protagonismo a feminismos que retoman la obra de Foucault y Derrida, así como a teóricas *queer*. Dichas teorías habrían buscando entender, con el propósito de transformar, formas de dominación “reales”, como aquellas existentes entre

hombres y mujeres, heterosexuales y homosexuales. Esta tarea encomiable —según algunos intelectuales antigénero que se declaran a favor de los derechos de las mujeres y en contra de las violencias hacia gays y lesbianas— habría perdido su rumbo al buscar la libertad en la destrucción de la diferencia sexual como fundamento ontológico del ser humano y propugnar por el reconocimiento de un mayor número de géneros que aquellos que tienen correlato en la biología: el énfasis es puesto en las personas transgénero y transexuales. Autoras como Simone de Beauvoir, Shulamith Firestone, Kate Millet y Judith Butler aparecen como representativas de este feminismo ya transformado en “ideología de género” y responsables de amenazar la “complementariedad entre los sexos”, así como la identidad sexual “natural” de hombres y mujeres. Son también señaladas de promover antagonismos entre los sexos, así como Marx y Engels lo habrían hecho con las clases sociales, y de defender la capacidad del sujeto para elegir y cambiar su género según su voluntad.

Por otro lado, lo que hemos denominado aquí ámbito de la política refiere principalmente a acciones individuales y colectivas, de organizaciones sociales e instituciones gubernamentales e internacionales que tienen como propósito conservar o transformar el orden social. Las genealogías trazadas por intelectuales antigénero en materia política ponen en un mismo lugar fenómenos que no sólo tienen un carácter distinto, sino que antagonizan entre sí en términos de afirmación y cuestionamiento de relaciones de poder. Protestas estudiantiles antiautoritarias y anticapitalistas, luchas feministas a escalas nacional e internacional por la despenalización del aborto, el combate a la violencia de género y la equidad entre hombres y mujeres, y activismos por los derechos de lesbianas, gays, bisexuales y transgéneros obedecerían a la misma lógica de prácticas intervencionistas de corte imperialista y reformas sociales y económicas precarizantes de las condiciones laborales. Mayo del 68, la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo celebrada en El Cairo (1994), la cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer realizada en Beijing (1995), la Convención sobre la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra la Mujer (CEDAW) y los Principios de Yogyakarta, serían de este modo

acontecimientos solidarios de la redacción del Informe Kissinger, las reformas neoliberales y el creciente declive del tejido social ante la valoración desmedida de las gratificaciones del individuo.

El carácter irregular y forzado de dichas conexiones —resultado de una práctica genealógica poco juiciosa, en la que priman los *a priori* en lugar de ser puestos entre paréntesis—, no socava significativamente su efectividad. Observamos por el contrario la consolidación de un *corpus* de documentos accesible a través de bases de datos académicas, en donde se citan entre sí los trabajos producidos por intelectuales antigénero, reforzando con ello la aparente solidez de sus argumentos, al tiempo que se conforma mediante el sistema de citación otro *corpus* de trabajos: el de las ideólogas e ideólogos de género. Por otro lado, las contradicciones evidentes en dichas genealogías, más que resolverse, pierden relevancia si se tiene en cuenta su dimensión productiva en términos de significación: la ligazón de luchas y políticas progresistas con formas de imperialismo, neocolonialismo (Pecheny, Jones y Ariza 2016) y de empobrecimiento de los modos de vida de distintos pueblos.

Para concluir, quisiéramos señalar que ante las transformaciones jurídicas relativas a órdenes sexuales y de género en América Latina, los intelectuales antigénero han producido conocimiento legal y ético desde la filosofía y las ciencias sociales para hacer una defensa a ultranza de la naturaleza como ámbito inmutable y sustento de órdenes sociales y culturales. No sorprende entonces que los países con mayores transformaciones sean en donde más conocimiento se ha producido. Si bien dichos esfuerzos han dado lugar a la conformación de un *corpus* bibliográfico, éste no obedece a un sistema teórico organizado, ni sus planteamientos se encuentran alineados bajo una única tendencia ideológica.

Con el propósito de desacreditar el trabajo de feministas, dichos intelectuales se valen de la apropiación de estrategias desplegadas por el feminismo, como la construcción de genealogías y la revisión de teoría social y filosófica sobre la naturaleza de las relaciones de género.

También interpretan con un sentido distinto los argumentos que tuvieron amplia resonancia en el feminismo en décadas anteriores. Es el caso de la correspondencia entre los pares sexo/género y naturaleza/cultura, recalcada para señalar que a disposiciones humanas contingentes subyace un único orden trascendental y estable. No obstante, la defensa acérrima de ese precepto natural revela su inestabilidad. Se suma la recurrente afirmación del carácter interdependiente y relacional de lo masculino y lo femenino, retomada esta vez para cuestionar los peligros de la “ideología de género”, que, al transformar los órdenes vigentes de la masculinidad, amenazarían con destruir la existencia misma de las mujeres.

Referencias

- Chiaradia, Cristiana de França, y Luan Carpes Barros Cassal. 2019. “Ressonâncias educativas de um conceito pseudocientífico: ‘Ideologia de gênero’ e sexualidade na sociedade brasileira”. *Perspectivas de la Comunicación* 12 (1): 227-258.
- Cunha, Flávia Melo da. 2016. “O túnel, o Frota, a ideologia de gênero”. *Ponto Urbe* 18.
- Esguerra Muelle, Camila. 2017. “Cómo hacer necropolíticas en casa: Ideología de género y acuerdos de paz en Colombia”. *Sexualidad, Salud y Sociedad* 27: 172-198.
- González, Ana Cristina, et al. 2018. *Develando la retórica del miedo de los fundamentalismos. La campaña “Con Mis Hijos No Te Metas en Colombia, Ecuador y Perú*. Lima: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán.
- Pecheny, Mario, Daniel Jones y Lucía Ariza. 2016. “Sexualidad, política y actores religiosos en la Argentina post-neoliberal (2003-2015)”. En *Sexo, delitos y pecados: Intersecciones entre religión, género, sexualidad y el derecho en América Latina*, editado por Macarena Sáez y José Manuel Morán Faúndes. Washington, DC: Center for Latin American and Latino Studies, American University.
- Peñas, María Angélica, José Manuel Morán Faúndes y Juan Marco Vaggione. 2018. *Conservadurismos religiosos en el escenario global: Amenazas y desafíos para los derechos LGBTI*. Global Philanthropy Project. <https://globalphilanthropyproject.org/2018/11/16/conservadurismos-religiosos-en-el-escenario-global-amenazas-y-desafios-para-los-derechos-lgbti/>.
- Rivera-Amarillo, Claudia. 2017. “Aegypti: Ideología de género, feminismo y extinción”. *Sexualidad, Salud y Sociedad* 27: 199-219.
- Rodríguez-Rondón, Manuel Alejandro. 2017. “La ideología de género como exceso: Pánico moral y decisión ética en la política colombiana”. *Sexualidad, Salud y Sociedad* 27: 128-148.
- Serrano, José Fernando. 2017. “La tormenta perfecta: Ideología de género y articulación de públicos”. *Sexualidad, Salud y Sociedad* 27: 149-171.
- Viveros Vigoya, Mara. 2017. “Intersecciones, periferias y heterotopías en las cartografías de la sexualidad”. *Sexualidad, Salud y Sociedad* 27: 220-241. //